



Bilbao. Cortejo fúnebre del jefe de los capellanes de gudarís José María Korta, caído en Asturias. Se distingue a Agirre, Leizaola y Basaldúa encabezando la multitud que acompañó al féretro. Foto: Archivo de Sabino Arana Fundazioa

EAJ/PNV en la Guerra Civil y el lado correcto de la Historia



POR **Arantxa Tapia**

SE cumplen 90 años del intento de golpe de Estado que, tras fracasar, acabó desembocando en una catastrófica guerra y provocó la tragedia más terrible de la historia de nuestro pueblo.

El Partido Nacionalista Vasco se había presentado a las elecciones que tuvieron lugar cinco meses antes, en febrero de 1936, con tres lemas: Por la Libertad de la Patria, Por la Civilización cristiana y Por la Justicia Social. En julio de 1936 tenía por ello algo en común con los sublevados, la cuestión religiosa; algo en común con los defensores de la legalidad, la cuestión social; y nada en común con ninguno de ellos en lo referente a la cuestión nacional. En unas circunstancias muy difíciles, sin apenas información de lo que estaba sucediendo, con muy diferentes situaciones en cada uno de los cuatro territorios de Hegoalde, para la noche del mismo 18 de julio la decisión ya se había tomado y se hizo pública el día 19 en la portada del diario Euzkadi:

“Ante los acontecimientos que se desarrollan en el Estado español, y que tan directa y dolo-

rosa repercusión pudieran alcanzar sobre Euzkadi y sus destinos, el Partido Nacionalista declara –salvando todo aquello a que le obliga su ideología que hoy ratifica solemnemente– que planteada la lucha entre la ciudadanía y el fascismo, entre la República y la Monarquía, sus principios le llevan indeclinablemente a caer del bando de la ciudadanía y la República, en consonancia con el régimen que fue privativo con nuestro pueblo en sus siglos de libertad.”

Durante aquel breve pero trascendental debate en el seno del nacionalismo vasco, algunas personas propusieron la neutralidad en un conflicto que se consideraba, con motivo, ajeno a Euzkadi. Pronto, según se iban desarrollando los acontecimientos, fue evidente que esta opción era mera utopía. Como recordaría Juan de Ajuriaguerra, “yo tengo el convencimiento de que si hubiéramos tomado la posición contraria nuestra base no nos hubiera seguido, tengo ese convencimiento. En cambio, había gente que nos siguió estando en contra de la decisión.” El 7 de octubre se constituyó en Gernika el primer Gobierno vasco presidido por José Antonio Agirre, de EAJ/PNV, que junto a consejeros de este partido tuvo también otros del PSOE, PCE, ANV, IR y UR. Este ejecutivo tuvo como una de sus principales prioridades la de humanizar la guerra. En una situa-

ción bélica en la que la polarización, los odios y las vulneraciones de los derechos humanos iban progresivamente aumentando, el Gobierno vasco trabajó decididamente no tolerando los excesos que marcaron el enfrentamiento en otros frentes de la guerra: no se permitieron las ejecuciones por parte de milicias ni individuos armados, se liberó a todas las mujeres presas a su cargo y se procuró negociar acuerdos para canjear prisioneros con los sublevados. El orden público se mantuvo, salvo incidentes aislados que fueron reprimidos con rigor, y las venganzas y desmanes fueron prácticamente inexistentes en el territorio bajo su jurisdicción. Manuel de Irujo, que formó parte como representante de EAJ/PNV en el Gobierno republicano, luchó denodadamente para que se respetaran los fundamentos del derecho y las necesarias garantías procesales y evitar el mayor número de ejecuciones de sentencias de muerte. El propio presidente del Gobierno republicano español, Juan Negrín, llegó a referirse a las consideraciones éticas del ministro vasco despectivamente, calificándolas de “monsergas abogadiles”. Aquella labor humanizadora tuvo otra cara menos conocida pero igualmente admirable: la del auxilio a las víctimas. El Gobierno de Agirre creó desde el primer momento un Departamento de Asistencia Social, que con-

fió al consejero socialista Juan Gracia Colás, y le encomendó una tarea que parecía imposible. Tras la caída de Irun y de Donostia, más de cien mil guipuzcoanos habían huido hacia Bizkaia, y Bilbao se convirtió en una ciudad desbordada de refugiados. En menos de tres meses, el Departamento levantó una red completa de comedores, alojamientos colectivos y servicios médicos que permitió una existencia digna, en plena guerra, a más de 70.000 personas.

Fueron precisamente los bombardeos sobre la población civil los que empujaron al Gobierno vasco a la decisión más dolorosa: evacuar a los niños. Tras el bombardeo de Bilbao del 4 de enero de 1937, el Departamento de Asistencia Social ofreció a las familias la posibilidad de inscribir a sus hijos de entre 5 y 12 años para su salida temporal al extranjero. Tras dos meses de gestiones diplomáticas, el 21 de marzo zarpó de Bermeo la primera expedición, deliberadamente modesta en número, 450 niñas y niños, pero ejemplar en su organización, rumbo a la isla francesa de Oléron.

La ofensiva franquista sobre Bizkaia convirtió aquel ensayo en un éxodo masivo. Entre marzo y finales de junio de 1937 salieron al extranjero 20.854 menores: 15.383 a Francia, 3.861 a Gran Bretaña y 1.610 a la URSS, a los que se sumaron los más de 3.200 acogidos de forma escalonada en Bélgica y grupos menores en Suiza, Dinamarca y México. En total, el Gobierno vasco organizó unas sesenta expediciones en una treintena de barcos, y a lo largo de 1937 salieron de Euzkadi en torno a 32.000 menores, casi el 20% de la población infantil de entre 5 y 14 años, dentro de un exilio que alcanzó las cien mil personas. Aquel esfuerzo tuvo también sus mártires: el consejero de Sanidad, el republicano Alfredo Espinosa, fue capturado por la traición de su piloto y fusilado en Gasteiz en junio de 1937.

Perdido el territorio vasco, el Gobierno de Agirre se negó a abandonar a su pueblo disperso y trasladó al exilio toda aquella estructura asistencial. En Cataluña, adonde llegaron decenas de miles de refugiados vascos y donde el propio ejecutivo se instaló en octubre de 1937, la Delegación de Euzkadi desplegó refugios, permanencias infantiles y una red de más de veinte comedores, tres hospitales, además de una cooperativa de aprovisionamiento y el Eusko-Etxea barcelonés como hogar de los desterrados. En el Estado francés, Asistencia Social sostuvo colonias y residencias infantiles en Iparralde y el Bearne, Donibane Garazi, Orthez, Getari, Dax y el hospital de La Roseraie, en Bidart.

El gran éxodo de los primeros meses de 1939, tras la caída de Cataluña, y la humillación de los campos de internamiento encontraron de nuevo al Gobierno de Agirre en su puesto. Aquella red tejida entre la guerra y el destierro, comedores, colonias, hospitales, delegaciones, fue la otra cara, callada y tenaz, de la humanización de la guerra: la convicción de que un gobierno existe, ante todo, para proteger a su gente.

El no caer en la escalada de odio y violencia, mantener los principios de humanidad incluso en la orgía de sangre y muerte que supuso la guerra, con crímenes de incontrolados por la parte gubernamental y organizados y sistemáticos por el lado de los sublevados, les supuso a los nacionalistas vascos las críticas de ambos extremos.

EAJ/PNV, como líder del Gobierno vasco, se enfrentó en este contexto a un “doble frente”, el propiamente bélico y otro interno, de “incontrolados” de extrema izquierda y anarquistas que, saltándose todos los límites, llegaron a escribir algunas de las páginas más negras del conflicto con los asaltos a las cárceles en septiembre de 1936, antes de que

Kolaborazioa

existiera el Gobierno vasco, y enero de 1937. Argumentos para la venganza se fueron añadiendo progresivamente en una escalada atroz, con los asesinatos por motivaciones políticas perpetrados por los sublevados, más de 3.000 víctimas solo en Navarra, a las que se añadieron la destrucción y muerte indiscriminada causada por los bombardeos de las aviaciones alemana e italiana, aliadas ambas de Franco, contra la población civil, que tuvieron como máximo exponente la destrucción de Gernika. El nacionalismo vasco no cayó en la tentación: próxima e inevitable ya la caída de Bilbao, se tomó la decisión de liberar a los presos. Escortados por los propios gudarís hasta la línea de frente, fueron entregados sanos y salvos a las tropas franquistas.

En el mismo sentido, para salvar las vidas de miles de hombres copados en Cantabria, la dirección del Partido Nacionalista Vasco negoció una capitulación honrosa con el Gobierno italiano en Santoña. El intento no suponía nada inusual: rendiciones las hubo en los más diversos escenarios y en cantidades de tropas más numerosas. El acuerdo no fue respetado por el bando contrario y los vencidos sufrieron represión, tortura y muerte. El dirigente jeltzale Juan de Ajuriaguerra, uno de los impulsores de aquella iniciativa humanitaria, que había viajado a Iparralde, decidió volver y entregarse arriesgándose a la misma ejecución sumaria que sufrieron muchos otros compañeros, para compartir el destino de sus hombres, tal era el espíritu y la nobleza de aquella generación de líderes. A iniciativa suya se realizó un sorteo entre los dirigentes del partido nacionalista para hacer que la mitad de ellos se entregaran al enemigo para compartir la suerte de los miles de gudarís que ya habían sido hechos presos. Durante la Guerra Civil y más tarde durante la Segunda Guerra Mundial, lucharon siempre por la causa nacional vasca asociada inseparablemente con la Libertad, la Justicia Social, la Democracia y los Derechos Humanos que se proclamarían formalmente por la ONU tras el final del conflicto. En palabras del periodista y corresponsal en el frente vasco de The Times de Londres, George L. Steer: “En esta guerra el vasco luchó por la tolerancia y la libre discusión, por la caballería y la igualdad... Su tragedia fue profundamente humana: la destrucción del hombre por el sistema, del espíritu por la rutina”.

Desde un punto de vista bélico aquella guerra se perdió. Sus consecuencias inmediatas fueron crueles y los vascos tardamos más de cuarenta años en recuperar parte de lo que nos arrebataron por las armas. Pero estar en el lado correcto de la Historia permitió que, tras la dictadura franquista, y en contra de muchas previsiones, el PNV volviera a ser el partido más votado. Con el ejemplo del trabajo de aquel primer gobierno propio y sin el eco de los fusiles en las trincheras, los vascos iniciamos entonces la verdadera “reconstrucción” de nuestro país. Desgraciadamente, tampoco entonces nos vimos libres de quienes se empeñaban en el uso de la violencia y tuvimos que enfrentar sus consecuencias, como si nos persiguiese una maldición de odio imposible de sanar. Afortunadamente, también desde los principios éticos y de humanidad, conseguimos superarlo. De nuevo el ejemplo y el recuerdo de aquellos que supieron mantenerse del lado correcto de la Historia nos guió entonces y nos volverá a servir de guía en el futuro. Su sacrificio no fue en vano. Como dijera un ya anciano Juan de Ajuriaguerra al conocerse los resultados de aquellas elecciones de junio de 1977: “Ha ganado la Memoria”. ●

Presidenta de Sabino Arana Fundazioa



La extraña neutralidad del entusiasmo

POR Aitor Arregi Osoro

HAY polémicas que nacen espontáneamente y otras que vienen precedidas de titulares y unas cuantas dosis de indignación bien calculada. La controversia sobre quién apoya a la selección española y qué ayuntamientos instalan pantallas para seguir la final pertenece, en mi opinión, a esta segunda categoría.

A primera vista, la cuestión es sencilla. Hay quien vive los partidos de la selección española con entusiasmo, otros los siguen con interés moderado, hay quien prefiere otra selección y muchos a los que el fútbol les resulta indiferente. Hasta donde sabemos, ninguna de estas actitudes constituye todavía una obligación cívica ni un examen de calidad democrática.

Sin embargo, cada vez que llega una gran competición reaparece un peculiar tribunal de la españolidad deportiva. Se pregunta a representantes públicos si animarán a España, se examinan sus palabras, sus silencios y hasta sus expresiones faciales. Y si alguien responde que no siente una especial identificación con esa selección, se le acusa inmediatamente de politizar el deporte o actuar bajo criterios identitarios.

Así ha ocurrido, por ejemplo, con el Lehendakari, que respondió con bastante claridad: “Yo soy de la selección vasca, punto. Y a partir de ahí, que gane el mejor”. O con Aitor Esteban, que fue

igualmente explícito: “En este partido no voy con ninguno de los dos, mi selección es la de Euskadi”. No insultaron a los jugadores, no pidieron que España perdiera ni prohibieron a nadie celebrar sus victorias. Se limitaron a expresar qué selección sienten como propia. Sin embargo, para algunos medios y dirigentes políticos, esa respuesta no fue una preferencia legítima, sino un “desprecio”, una provocación o una prueba de que se está politizando el deporte.

Resulta curioso. Al parecer, apoyar públicamente a la selección española, envolver su éxito en banderas, presentarlo como expresión de orgullo nacional y exigir que todas las instituciones participen del entusiasmo colectivo no tiene nada de político ni de identitario. Es simplemente deporte. En cambio, no compartir ese sentimiento, mantener una posición distante o recordar que existen identidades nacionales diferentes constituye una intolerable politización.

La política, como tantas otras cosas, parece comenzar siempre justo donde terminan las propias convicciones.

PANTALLAS GIGANTES Algo parecido ocurre con las pantallas gigantes. Un ayuntamiento puede legítimamente considerar que la final constituye un acontecimiento social suficientemente relevante como para organizar una retransmisión pública. Otro puede entender que no es prioritario dedicar medios municipales a ello, especialmente si no actúa de la misma manera ante otros eventos. Lo que no es razonable es convertir una pantalla en una especie de certificado de prueba del algodón democrática.

Lo más paradójico es escuchar acusaciones de “politización” precisamente a quienes presentan el éxito de una selección como afirmación de su idea nacional, prueba de cohesión y ocasión para exigir adhesiones públicas. Todo eso puede ser legítimo, pero no es neutral. Es también una lectura identitaria del deporte.

Lo verdaderamente revelador es la sobreexcitación de quienes dicen querer proteger el deporte frente a la política mientras utilizan cada victoria para reivindicar una determinada idea de España. Un estado español que, demasiadas veces, solo acepta la diversidad cuando esta se expresa en los términos previamente autorizados por la mayoría. Se puede ser vasco, catalán o gallego, por supuesto, siempre que a la hora decisiva se anime correctamente, se coloque la bandera adecuada y no se incomode demasiado el relato común.

Nadie debería discutir el derecho de miles de vascos a apoyar a España, emocionarse con Unai Simón, Oyarzabal o Nico Williams y celebrar una victoria. Pero ese respeto debe funcionar en ambas direcciones. La convivencia no exige sentimientos uniformes ni obliga a los representantes públicos a fingir una identificación que no tienen. Quizá, por tanto, el problema no sea que algunos politicen el deporte, sino que otros han politizado tanto su entusiasmo que ya no son capaces de reconocerlo. Y así, mientras buscan afanosamente la paja identitaria en el ojo ajeno, celebran bajo una viga enorme, adornada con banderas y retransmitida, por supuesto, en pantalla gigante. ●